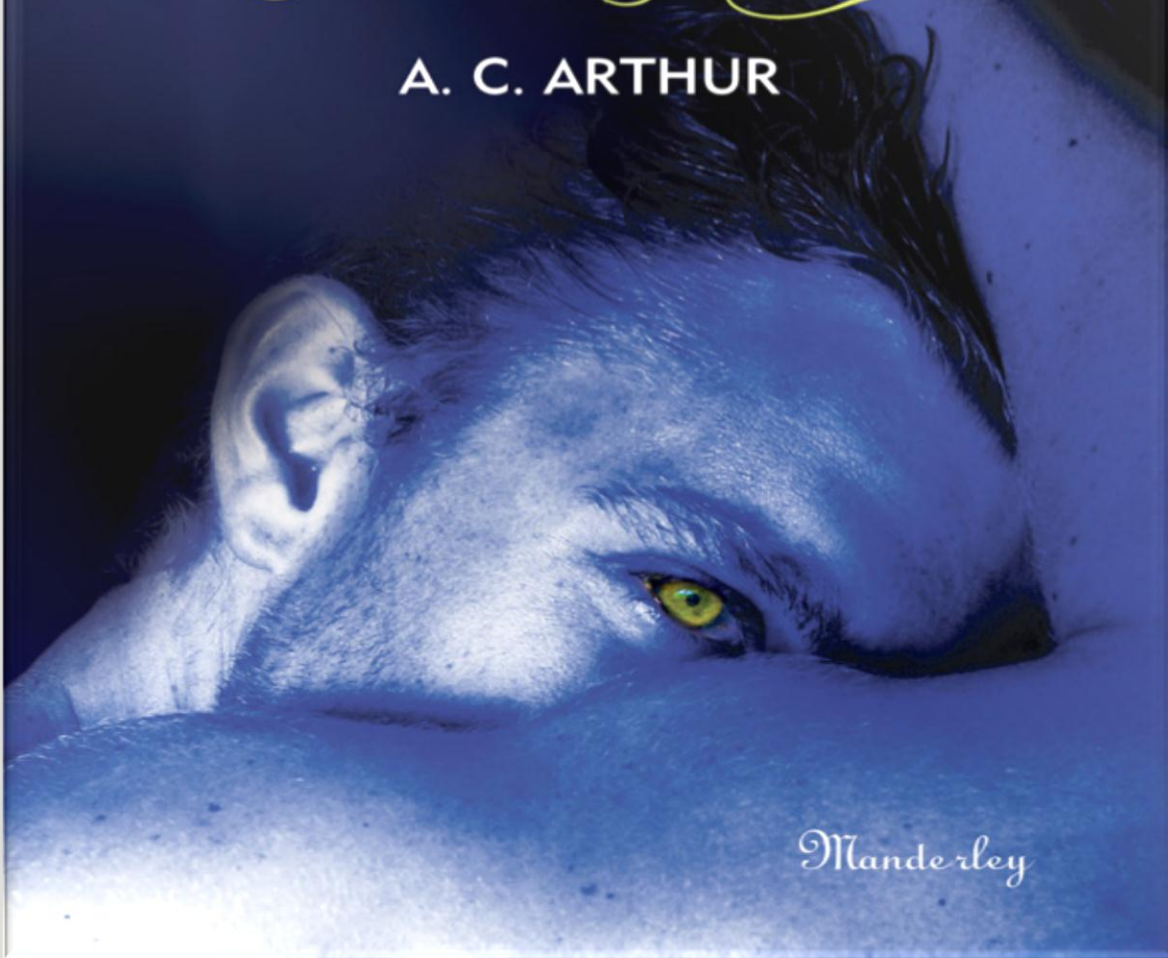


Deseo humano.
Atracción animal...

LOS SHADOW SHIFTERS

CRECIENTE TENTACIÓN

A. C. ARTHUR



Manderley

CRECIENTE TENTACIÓN

1º de la serie *Los Shadow Shifters*

A.C. Arthur



ARGUMENTO

Viven en las sombras. Son mitad hombre, mitad animal, y esconden su verdadera naturaleza mientras defienden a la raza humana del mayor salvaje de su especie.

Kalina Harper, oficial de policía en Washington DC, sigue soñando con lo que sucedió aquella noche de hace dos años cuando una enorme criatura felina la salvó del ataque de un demente. Aunque guardó en su corazón la verdad de cómo sucedieron los hechos, nunca pudo olvidar la feroz fortaleza de la bestia, sus garras, sus colmillos, ni la fiereza animal de sus ojos. Hasta que conoció a Roman Reynolds...

Poderosos, apasionados e irresistibles..., ellos son los shadow shifters

Magnético, musculoso... todo un hombre Roman es un abogado influyente con una sonrisa depredadora y un talento seductor. Es a la vez un sospechoso criminal que está siendo investigado por sus extrañas conexiones en la selva del Amazonas. Pero cuando Kalina descubre que Roman está vinculado a una secreta raza de mutantes jaguares —que cazan a devoradores de hombres—, se ve obligada a depositar su confianza en un hombre que ha destapado sus fantasías más salvajes y también sus miedos. Una criatura de la noche llena de ferocidad cuya verdadera misión es proteger a su amada cueste lo que cueste.

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y NOMBRES PROPIOS

TRIBUS DE SHADOW SHIFTERS

Acordado: el despertar; la primera transformación de un Shadow Shifter.

Companheiro: pareja.

Companheiro calor: el aroma que comparten las parejas.

Croesteria: los guepardos.

Curandero: el sanador espiritual y médico de las tribus.

Ètica: el Código Ético de los Shadow Shifters.

La Asamblea: tres veteranos de cada tribu que forman el consejo de gobierno de los Shifters en el Gungi.

Rogues: Shadow Shifters que han dado la espalda a las tribus y se niegan a cumplir la *Ètica*, en un esfuerzo por convertirse en una especie distinta.

Topètenia: los jaguares.

Unión: el vínculo entre Shifters emparejados.

Veteranos: miembros más antiguos de la tribu.

PRÓLOGO

Podía olerla.

El aroma era atrayente, seductor y se fundía con algo más. Miedo.

Era el miedo lo que lo impulsaba a seguir adelante. El saber que algo iba mal. Sus pasos silenciosos lo condujeron hasta la monumental oscuridad entre dos edificios. El aire estaba húmedo y denso por las tormentas de verano que habían descargado durante el día. El suelo estaba mojado y resbaladizo, plagado de pequeños charcos mientras atravesaba la sobrecogedora oscuridad.

Ella intentó gritar.

El sonido fue silenciado, pero él lo escuchó. Todo su cuerpo se puso tenso; cada músculo, cada ligamento quedó totalmente inmóvil mientras localizaba el sonido. El grito de una mujer. La rabia le hirvió por dentro, se expandió por sus venas en fuertes oleadas. El felino que llevaba en su interior rugió, presionó hacia la superficie con una ferocidad casi irreconocible.

No estaba en la selva, donde podía correr libre, cazar y ser cazado. No estaba bajo la profunda bóveda verde del bosque tropical de denso follaje y cortinas punzantes de fría lluvia que empapaban su cuerpo. No, se encontraba en las calles de Washington DC, en la ciudad que había considerado su hogar durante toda su vida adulta. El hogar de su mitad humana.

Esta necesidad de luchar, de dejar al felino emerger libremente, no era nueva, pero resultaba extraña en ese lugar y en ese momento. Sin embargo, mientras seguía avanzando, el felino se estiró, sus músculos se contrajeron y fijó la mirada; la lucha sería inevitable.

Siguió adelante; necesitaba hacer uso de todas sus fuerzas para dominar al animal que llevaba dentro. Una brisa cálida se filtró a su paso, lo golpeó en la cara y le acercó el aroma de la chica. Sus fosas nasales se ensancharon a la vez que sentía un cosquilleo en los dedos, que se movían y le quemaban con las garras cerca de la superficie.

Su vista era aguda. Incluso en la oscuridad las sombras que tenía delante tomaron forma: un hombre, grande, enfadado, decidido. La mujer (cuyo aroma le recordaba a otro momento, a otro lugar) yacía en el suelo mojado con el hombre encorvado sobre ella. El extraño hombre estaba entre sus piernas; ella tenía la falda subida, las medias y la ropa interior desgarradas, lo que la dejaba desnuda a la vista de todos. Él le sujetaba las manos sobre la cabeza, inmovilizándole las muñecas con una de sus fuertes manos mientras la otra violaba su cuerpo. Cada vez que la tocaba ella se retorció, intentaba liberarse y gritar, pero tenía algo metido en la boca que enmudecía el sonido.

El felino se abrió paso a zarpazos hasta la superficie y arañó la barrera que había creado para mantenerse oculto. Iba en contra de sus leyes, en contra de todo en lo que creía. No podía

dejarse ver por un humano, sin duda significaría el principio del exterminio de su especie. Pero tampoco podía abandonarla a su triste suerte. No se iría sin ayudarla. Esa también era su ley: las mujeres debían ser protegidas a toda costa. Era eso y la dolorosa familiaridad de su aroma lo que le hacía seguir adelante. No estaba ignorando por completo la doctrina de *Ètica*, sino adaptándola a su voluntad.

La bestia se liberó violentamente con un rugido que hizo temblar los edificios de alrededor y resonó en la noche. Como si de una respuesta se tratara, el cielo se resquebrajó, vertiendo cortinas de lluvia gélida sobre él. Se deleitó con la sensación, el aroma, el sonido del bosque, y dio un salto hacia delante concentrando toda su atención en el hombre que yacía paralizado encima de la mujer.

El hombre no se movió, el muy idiota se quedó encima de ella como un animal que protege a su presa. Pero eso no era un problema. Su jaguar estaba suelto, tenía hambre de pelea y veía que tenía ante él una batalla fácil. Sus huesos se estiraron y amoldaron mientras se quitaba la ropa, que le cayó hasta las rodillas, los músculos y los tendones en movimiento, transformándose. Si la mujer era la presa de ese hombre, entonces ya podía despedirse de ella. Lo que un jaguar cazaba lo mataba.

Cuando aterrizó sobre la espalda del desconocido, el jaguar abrió las fauces y le hundió los colmillos en la base del cráneo. El sonido se apagó en la garganta del violador, casi de la misma forma en que los gritos de socorro de la mujer se habían apagado en la suya. El jaguar se apartó, retrocedió sobre sus patas traseras y le quitó a la mujer de encima el cuerpo de ese hombre que ahora se estaba quedando sin vida. Cuando ya no hubo más movimiento, echó el cadáver a un lado; el cuerpo fue a dar contra un muro de hormigón húmedo con un golpe ensordecedor.

La rabia estalló cuando la bestia reconoció su exterminio. Esa era su primera víctima allí, en ese mismo lugar, desde aquel día. Desde aquella vez en que debió haber sido así de fuerte, en que debió haber defendido lo que era suyo pero no lo hizo. La culpa lo asediaba a diario, se le aferraba a la piel como el pelaje que ahora lo cubría. Era su segunda naturaleza, una parte de él que despreciaba pero que a la vez aceptaba. Nunca podría sentirse pleno a causa de ese pasado que no podía ni cambiar ni olvidar.

Al levantar su cabeza redondeada, el felino soltó otro rugido de angustia cuando el olor de la sangre humana se filtró en sus fosas nasales. Respiraba agitadamente y se le nubló la vista durante unos segundos de incertidumbre.

Entonces ella se movió. Detrás de él la mujer estaba intentando escapar, porque él, también, parecía ser su enemigo. Su miedo era una fragancia penetrante, mezclada con valor, un almizcle más fuerte que luchaba por vencer al pánico. Llenaba sus sentidos, lo impulsaba a darse la vuelta, a mirarla.

Esta vez la vio a través de sus ojos felinos. Ella lo miró con incredulidad, el terror multiplicado por un millón. Se arrancó la mordaza de la boca y dejó escapar un grito ensordecedor que le hizo retroceder.

El recuerdo fue rápido y doloroso, hirió tanto al hombre como a la bestia como si se tratara de una cuchilla caliente. El felino enseñó los dientes, dio un paso hacia ella e intentó darle un golpe, avergonzado. Ella saltó y él se encogió, incapaz de decidir cómo reaccionar correctamente bajo esa forma animal, casi reacio a volver a transformarse.

Una y otra vez intentó mitigar la bola de fuego que le sacudía el cuerpo, los sentidos. Su aroma era el mismo, su miedo era real y puro, pero en sus ojos vio algo más... ¿Lo había reconocido?

Imposible. No existían similitudes entre sus dos estados. Se lo estaba imaginando. Su bestia estaba mezclando señales, pero su hombre era más sensato. Además de la confusión interior, el secreto había salido a la luz. El jaguar que también era un hombre había dejado que ella lo viera, una humana.

Pero cuando se volvió otra vez hacia ella, para ver el miedo y la incredulidad en sus ojos una vez más, se había ido. La vio correr hacia la única salida del callejón. Podría haberla perseguido, sin duda la habría alcanzado. Quizá debiera haberlo hecho para asegurarse de que estaba totalmente a salvo. O de que iba a guardar silencio absoluto sobre lo que acababa de presenciar.

Pero no hizo nada.

Igual que entonces.

CAPÍTULO 1

DOS AÑOS DESPUÉS

Anoche volvió a suceder.

El sueño, eso es.

Con su habitual terror sombrío ese sueño había llenado la noche de una oscuridad sobrecogedora que seguía presente durante las primeras horas del día. Esta vez le había costado más de lo normal deshacerse del confuso recuerdo, como se demostró por lo tarde que entró a trompicones en la ducha.

Con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados, Kalina dejó que el agua caliente le recorriera la cara. Durante un segundo se vio de nuevo en aquel callejón, tirada en el suelo helado mientras la lluvia empezaba a caer. Aquellos minutos le habían parecido horas y el miedo a que le hiciera daño, a que la pudiera matar, se había convertido en parte de su existencia. El corazón le taladraba el pecho pero se negaba a abrir los ojos, se negaba a aferrarse a la ayuda que sabía que estaba ahí.

Fue hace años; ya debería haberlo superado. Había intentado convencerse a sí misma y a todas las personas de su entorno de que así era. Pero el sueño seguía repitiéndose. El hombre que le había salvado la vida aparecía en las sombras de la noche. Y también la bestia. Podía diferenciarlos, pero no sabía con certeza si debía hacerlo. Solo sabía que era una locura seguir teniendo un recuerdo tan vivo de aquella noche. Apenas recordaba el nombre del imbécil que la atacó y después murió, pero se acordaba de los ojos de la bestia.

El sueño siempre era el mismo, el que había tenido un sinnúmero de veces antes con el enorme felino negro que tanto la aterró.

Vale, a decir verdad, todos los felinos, hasta el rechoncho gato tricolor de su vecina de al lado, la señora Gilbert, la ponían nerviosa. Nunca le habían gustado los gatos, nunca. De pequeña cruzaba la calle cada vez que veía uno dirigirse hacia ella. No conocía la razón de esa aversión a los felinos: solo sabía que no le gustaba mirarlos ni oírlos.

Pero en su sueño hacía las dos cosas.

Escuchaba su rugido amenazante como si estuvieran en una caverna, el eco hacía que su cuerpo se estremeciese. Lo había visto, lo había mirado a los ojos amarillo verdosos, le había parecido incluso que le hablaba, y siempre se quedaba con la misma sensación de angustia.

Aparte de su terror por el peligroso animal, la atracción era innegable. Su rugido era como un llanto desgarrado, una petición extrema de algo que ella no sabía si le podía dar. Eso era ridículo, claro, y normalmente le restaba importancia, diciéndose que lo verdaderamente importante era que siguiera teniendo ese sueño aterrador. O pesadilla, rectificó. Aun así, había algo que mantenía vivo en su mente el recuerdo de la bestia matando al gilipollas del camello de poca monta (al que se le había metido en la cabeza que su trato se debía cerrar con sexo en lugar de con buenos y limpios dólares americanos).

Las seis semanas de terapia durante su baja por enfermedad en el Departamento de Policía Metropolitana, y lo que parecieron sesiones interminables en las que se guardaba para sí sus verdaderos sentimientos, revelaron que despreciaba demasiado al traficante como para albergar emociones profundas sobre el ataque. El hecho de que de alguna forma se las arreglara para romperle el cuello y escapar quedaba bien en su historial laboral. Tan bien que, dos años después del suceso, había recibido esta golosa misión secreta que podría sacar a la luz un emergente cártel de Sudamérica. Suponía que algo le tenía que agradecer al cabrón del traficante.

Bien pensado, quizá debería agradecerse a la bestia, porque estaba claro que había sido el verdadero asesino. Algo que intencionadamente nunca le había contado a nadie, jamás. Nadie la creería. O peor, seguro que la habrían bajado de categoría y asignado un trabajo de oficina. O incluso la habrían despedido por loca. Y todo por lo que había trabajado, el tipo de vida y la seguridad que se había construido, se habría echado a perder. Ni se lo planteaba. Así que el gran felino de ojos sobrecogedores era su secreto, uno que nunca revelaría a nadie.

El agua caliente que caía por su cuerpo mientras se estiraba lánguidamente en la ducha casi la tentó a quedarse más tiempo, pero tenía un trabajo importante que hacer, de modo que decidió que ya iba siendo hora de salir de la ducha.

Acababa de atarse el cinturón de la bata y de abrir la puerta del baño cuando escuchó el timbre. Era muy pronto para tener visita, así que mientras atravesaba en silencio la sala de estar para ir a abrir la puerta, supuso que sería la señora Gilbert, que iba a pedirle algo prestado.

En el momento en que su mano tocó el pomo Kalina sintió algo. Un cosquilleo por la espalda, como un aviso que la hizo detenerse. Tras girar el pomo, abrió y se sorprendió al ver a un hombre y no a la señora Gilbert.

—Buenos días, traigo una carta para Kalina Harper. ¿Es usted?

Aunque los labios del hombre se movían, ella no lo escuchaba; estaba más pendiente del calor que aumentaba en su cuerpo. De repente la bata le picaba en la piel; se le erizaron los pezones y sintió un escalofrío. Fue de lo más extraño, como un torrente de excitación o de conciencia repentina de su feminidad.

—Oh. —Se aclaró la garganta y se cerró la bata—. Sí, soy yo. Gracias.

Él sujetaba un sobre con el brazo extendido. Kalina se acercó a cogerlo. Sus dedos se tocaron y su mirada capturó la de la joven. Era alto y delgado, su piel de color oliva, sus ojos oscuros. Más oscuros de lo que había visto nunca.

—De nada —dijo él, y una lenta sonrisa empezó a formarse en su cara.

Kalina apartó la mano, dio un paso atrás y cerró la puerta. Sus ojos eran diferentes y su sonrisa era..., no lo sabía bien. Todo había sido muy extraño.

—No, tú eres la rara —se reprendió a sí misma.

Todos esos recuerdos de bestias en la noche y felinos al otro lado del pasillo hacían que se asustara de su propia sombra. No tenía tiempo para esas tonterías; ya llegaba tarde. Y si se retrasaba no iba a quedar muy bien ante sus superiores.

Se vistió deprisa y salió de su apartamento directa a la oficina, a la que llegaría media hora después. Este era su mundo, en el que era una importante agente de la ley cuyo trabajo contribuía a mejorar las vidas de los demás. Este era su propósito, un propósito que nunca habría soñado que alguna vez llegaría a tener en la vida. Pero así era. Hacía tiempo que había dejado de ser la huérfana a quien nadie quería ni aceptaba, que vivía dando tumbos de un hogar de acogida a otro. No, ahora estaba exactamente donde quería estar. Si últimamente había sentido la candente necesidad de algo más, eso no importaba. No había nada más, al menos para ella. Intentar alcanzar lo imposible era una pérdida de tiempo, una distracción que no se podía permitir. Nada aparte de su compromiso con su trabajo era importante.

El sobre que había recibido esa mañana, sin embargo, lo podría ser. Así que entró en el aparcamiento, aparcó el coche y lo abrió.

Algo cayó en su regazo. Era una foto. Al darle la vuelta, Kalina sintió que se le paraba el corazón unos segundos para luego ponerse a latir alocadamente en su pecho. Era una foto suya tomada la noche que la atacaron. De hecho, recordó mientras seguía mirando la foto, parecía haber sido tomada justo antes de que se produjera el ataque.

Cinco minutos, eso era todo lo que se iba a permitir. Cinco minutos para preocuparse, incluso asustarse un poco. Con la frente apoyada en el volante, respiró profundamente. No iba a pasar, el miedo no iba a dirigir sus actos. Otra vez no.

Transcurrieron otros quince minutos hasta que Kalina atravesó las puertas de cristal de Reynolds & Delgado, el nombre escrito en mayúsculas justo encima del mostrador de recepción. La decoración era elegante, suntuosa pero no exagerada, profesional pero sin ser aburrida. Caminó por el lustroso suelo de madera hasta la recepción vacía, atravesando un arco que daba paso a la alfombra azul oscura que silenciaba el sonido de sus tacones.

Contabilidad se encontraba al final del pasillo a la derecha, en el quinto piso del edificio Reynolds situado en el centro de la ciudad. Los pisos sexto y séptimo también albergaban a miembros del despacho, mientras que los primeros cuatro estaban reservados para aparcar y los últimos siete los ocupaban arrendatarios. Su escritorio se situaba justo enfrente del despacho del director financiero, pues su puesto era el de técnico de facturación. Esto significaba que procesaba todos los gastos de la empresa. Era exactamente donde necesitaba estar para rastrear el dinero que salía hacia Sudamérica. Todos los cursos nocturnos que había hecho de economía, finanzas y contabilidad por fin habían dado sus frutos.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

